

«Las cosas me duran tres años porque me gusta emprender»

«Mis 10 primeros años de Tudela Veguín me marcaron mucho»

«Mi padre, emigrante, buscaba las fábricas en Alemania subiendo a una colina y mirando dónde había chimeneas»



«Las cosas me duran tres años porque me gusta emprender»

JAVIER CUERVO

«Mi abuelo materno dominaba la vertiente de solana, la Pandiella, y mi abuela, la de umbría, Veguín d'Allá. Ella, Sinda (Gumersinda), veía los pradiquinos solariegos y decía: «Tengo que vivir allí». Cuando conoció a Sarín (Baltasarín), al que sacaba la cabeza, se casó con él. Mi padre era de Zanceo, (Langreo), huérfano desde los 6 años de un minero muerto de silicosis. Tenía ocho hermanos, siete de ellos varones, los dos últimos gemelos, él uno de ellos. Un hermano de mi madre, Benigno, fue al frente y no volvió, es un desaparecido. Mi padre tenía otro hermano, que también se llamaba Benigno, y, dos días antes de que acabara la guerra en Asturias, fue al frente y desapareció. Cuando mis padres se conocieron acordaron llamar Benigno a su hijo. Tuvieron a Isabel y a Marisa. Si venía otra nena la llamaría Benigna. Nací yo, el 13 de febrero, día de San Benigno. Soy un ateo fervoroso, pero no sé si creer en los poderes del séptimo mellizo».

-¿A qué se dedicó su padre?

-A los 17 años recién cumplidos, mentalmente 16, fueron a por él los milicianos. Se presentó voluntario y estuvo cavando trincheras en el frente de Oviedo. Cuando acabó la guerra en Asturias fueron a por él los nacionales, se presentó voluntario y lo mandaron al frente del Ebro. La noche que llegaron a Zaragoza les dijeron que salían a la sierra de Alcubierre. Leyeron el nombre de veinte que cuidarían el ganado -entre ellos, mi padre y su mellizo- y fueron pastores de 9.000 vacas y 11.000 ovejas. Los demás fueron a la batalla de Alcubierre, delante de los tanques, de escudo humano. Sobrevivieron dos. Cuando acabó la guerra volvió a casa, lo mandaron a la mili, 5 años, otra vez a Zaragoza. Al volver, en 1945, intentó trabajar en Duro Felguera, pero a los dos días le volvieron a movilizar porque entraron maquis por el Valle de Arán. Pasó de los 17 a los 27 años en manos de militares. Luego fue guardia municipal en Sama hasta que entró de vigilante en la fábrica de cementos de Tudela Veguín, gracias a mi tío Jeromo, un obrero muy considerado -que llegó a ser ingeniero industrial- porque sabía hacer cemento. La leyenda dice que un ingeniero francés le explicó al tío Jeromo qué composición debía tener el cemento de Tudela Veguín sólo con mirar el color de la tierra según explotaban los cartuchos. Se asomaba a la ventana y, según bajara rojo o blanco, daba la fórmula y salía bien el cemento. Mi padre tenía cuatro hijos, la fábrica pagaba poco y siempre hizo negocios.

-¿Cuáles?

-El gordo, para el que el tío Jeromo le prestó 30.000 pesetas, fue la primera carnicería de carne congelada importada de Argentina, en 1956. Era muy barata y muy buena y fue un éxito. En 1959 entró el plan de estabilización, cerraron las importaciones de carne congelada, y Florentino, Flor, se vio con todas las

LA NUEVA ESPAÑA

deudas y un frigorífico que no servía para nada. Tres fulanos le pidieron que les instruyera en cómo se cortaba la carne porque querían ir a Alemania, donde había mucha demanda de carniceros. Los adiestró y se fue con ellos en 1960. Los alemanes pagaban muy bien. Estuvo 21 años allí. Al año se llevó a mi madre y a mis hermanas mayores y quedamos los dos pequeños con una tía. A los dos años, nos llevó a todos.

-Sus recuerdos de Tudela Veguín sólo llegan a los 10 años.

-Pero me marcan. Iba a por la leche a la finca de mi abuelo todos los días. Desde mi casa, al lado de la carretera, subía por un camino entre flores que recogía para dárselas a mi abuela, que estaba en la cama desde que le mataron a su hijo Benigno. Pasó allí 40 años, con una depresión. Vivimos la finca muy intensamente, íbamos a la hierba, cuidábamos gallinas y vacas, y, cuando ordeñaban, yo bebía la leche del tetu o del cubo, para que la espuma me hiciera bigote. Mi abuelo era muy rural, pero se lo expropiaron todo para la cantera. Nueva York y parte de España se hicieron con mi tierra. De mi abuela sacaban la caliza y de mi abuelo, el barro.

-Veguín mezclaba lo rural y lo industrial.

-Sí, se vivía pendiente de parapetarse de las explosiones de la cantera, cada tres horas. En el colegio de Veguín cuando sonaba la sirena nos escondíamos debajo de la mesa. Una vez entró por la ventana un pedrusco y destruyó un pupitre. Cuando paraban los hornos los niños decíamos «meca, quedámonos sordos». No conocíamos el silencio. Jugábamos a buscar cartuchos. Un vecino encontró uno, lo metió en la cocina, su padre lo sacó y lo tiró por la ventana, pero le estalló y quedó sin dedos. A otro niño lo mandaron al hospital por beber agua del Nalón, que era como ácido sulfúrico. Todos los años sonaba la alarma y el pueblo se arrinconaba al lado de la iglesia y miraba a la fábrica de Carburo a ver si explotaba. Los camiones andaban siempre para arriba y para abajo y nuestra pasión era agarrarnos atrás, para ir en coche.

-Vivió en Alemania de los 10 a los 12 años, más los veranos.

-Interno en Westfalia, al lado de Münster. Mi padre quería que estudiáramos, aunque no sabía muy bien lo que era.

-Usted sabe alemán.

-Me lo enseñó mi padre -que nunca supo alemán-, pero tenía un diccionario de 1.500 palabras y nos obligaba a memorizar 40 cada día. Preguntaba: «negro». Como no sabía pronunciar, yo le decía S-c-h-w-a-r-z. En la calle aprendí a identificar las 1.500 palabras. Fue un puzle.

-¿Cómo entró en el internado?

-Íbamos los seis en un Volkswagen Escarabajo que mi padre se había comprado sin haber sacado el carné de conducir porque se examinó su hermano gemelo y se lo envió por correo. Íbamos a un pueblo, subíamos a un montículo, veíamos dónde había chimeneas y allí había una fábrica. Reconocía los colegios por las torres de los campanarios. En Paderborn, un lugar medieval que Günter Grass hizo famoso en sus novelas, vio una torre, fuimos allí y eran todo curas vestidos de morado, muchos de ellos negros. Un cura que nos recibió dijo que no era un colegio para niños, pero sacó un papel y dijo: «En Loburg van a coger a su hijo para que estudie».

-¿Cómo le fue en el internado?

-No entendía nada. Pasé los primeros quince días llorando. Era el primer extranjero que veían y el único con pelo negro y pequeño entre 399 arios puros. Me tenían en palmitas. Allí se educaba la élite católica en la parte protestante. Los alumnos visitaban a los profesores en su aula. La de ciencias naturales era un gabinete con mapas y microscopios y la de arte, un estudio donde una especie de Dalí me ponía siempre matrícula de honor porque decía que yo era un genio español. Era un castillo del siglo XVIII rodeado de un bosque de robles y hayas, con lago, foso, puente levadizo, ranas, patos... Allí se despertó mi interés por la naturaleza. Mi primer libro de ornitología lo compré en una subasta dominical por medio marco.

-¿Pintaba bien usted?

-No debía pintar mal. Hacía mapas de España y los vendía. Luego, en España vendía chistes de franciscanos haciendo el indio. De mi sobrina Maite dijo Antonio López que «si los ángeles supieran pintar, pintarían como ella». Pinté hasta los 15 años y luego los profesores de dibujo se encargaron de quitarme las ganas.

-¿Cómo volvió a España?

-Un cura capitán capellán asturiano me trajo a Oviedo al colegio menor, del que salí en cuarto porque no quería ser cura.

-¿Era buen alumno?

-Tenía buen carácter y lagunas enormes. En Alemania empecé Bachillerato sin saber alemán y en España no sabía ni nuestra geografía, ni nuestra gramática ni poner acentos. Iba retrasado un año, pero era bilingüe, y eso luego fue una ventaja, «El País» me contrató por saber alemán.

-Siguió estudiando en el Instituto Jovellanos de Gijón.

-Sí y luego quise ser médico, pero tardé un trimestre en darme cuenta de que quería hacer lo que Félix Rodríguez de la Fuente.

-Una figura clave para usted.

-Sí, a los 15 años, en el colegio menor, abiótico y de hormigón, mi conexión con la naturaleza era un fulano que explicaba la fauna africana en la televisión. Era de lo poco que nos dejaban ver: la serie «Viaje al fondo del mar», el concurso «Cesta y puntos» y «Fauna». Luego lo leí en «La actualidad española». Cuando pasé al Jovellanos, en enero de 1970, salió la enciclopedia «Fauna», 25 pesetas, toda mi paga. Roberto Hartasánchez, que se sentaba en el pupitre de atrás, también la compraba.

-¿Con quién vivía en Gijón?

-Con mi madre, que tenía pensión de invalidez por enfermedad grave. Mi padre siguió en Alemania hasta 1981 y regresó por lo mismo. Los dos reventaron trabajando. Mi madre, Felicidad, Felicita, murió a los 73 años, y mi padre, con 93, vive. Mis padres vivieron para sus hijos. Mi madre era muy madraza y mi padre, muy explorador e innovador. Trabajó en veinte de fábricas y en todos los oficios. Además de lo hablado, hizo jerséis de punto, fideos, trató con burros, una agencia para hacer gestiones en Oviedo, fabricó cosechadores, trabajó en la madera y se hizo fontanero de mayor. Es muy sociable y nunca entró en un bar ni hizo cosas convencionales. Me enseñó a no tener miedo a cambiar de ciudad o de trabajo y a que no hay que contentarse con nada. En una muestra de jardineros japoneses leí «sólo el que sabe desprenderse de sus éxitos verá abrirse ante él infinitas nuevas posibilidades». La gente se quiere desprender de sus fracasos. Ponen un bar y quieren venderlo cuando no entra nadie, no cuando está en la cresta. Las cosas me duran tres años. No abandono lo que empiezo, pero me gusta emprender.

-¿Qué es lo primero que le sorprende de Roberto Hartasánchez?

-Que cuando salíamos al campo, por Deva, sacaba un hachu y cortaba eucaliptos porque eran foráneos y sustituían los robledales. Él era hijo de multimillonario y yo, de Florentino. Yo envidiaba su situación familiar y su padre siempre lamentaba que él no fuera como yo. Se fue de emigrante con mi padre a Alemania, dos años, mientras yo estudiaba, como quería su padre. Venía a casa a comer porque decía que le gustaba la libertad y no la criada con cofia. En octubre de 1971 un compañero nos dijo que en el bosque de las Sendas, ahora Somiedo, había muchos osos y preparamos nuestra primera expedición. Al volver, Roberto decidió dejar de estudiar para ser naturalista y se fue a vivir con Ernesto Junco a Cabielles, aldea de Cangas de Onís. Yo me metí en el periodismo para ser naturalista y darles un título a mis padres que, por cierto, lo perdieron.

-¿Qué naturalistas importan en su trayectoria en Asturias?

-El primero que conocí fue Miguel Ángel García Dory, amigo de Félix Rodríguez de la Fuente, al que había traído al Sueve en 1970 para comprar asturcones. En esa expedición le presentó a Junco, a quien Félix llevó a Madrid de cetrero. Junco, un espíritu salvaje, a los seis meses chocó con la mujer de Félix y volvió.

-¿Dónde empezaron Hartasánchez y usted?

-En la Asociación de Defensa de la Naturaleza de la Sociedad Cultural Pumarín de Gijón, una célula clandestina del Partido Comunista, que había montado también la del Natahoyo, Gijón, Oviedo, Mieres y Sama. García Dory vino a dar una conferencia, traído por José Manuel Nebot, de la de Oviedo, por Juan Redondo y Luis del Valle, casado con mi hermana y uno de los directivos de Pumarín y del PC. Los de CC OO se reunían en una sala mientras nosotros hablábamos de pájaros en la de al lado, no muy conscientes de aquello.

«Hubiera preferido ser guarda forestal para estar más tiempo en el campo»

«Me presentaba a todas las becas y me las daban por lo pobre que era mi padre» | «Me obligaron a ser accionista de "El País" y diez mil pesetas acabaron en un millón»



«Hubiera preferido ser guarda forestal para estar más tiempo en el campo» Marcos León

GIJÓN, JAVIER CUERVO

Benigno Varillas -un naturalista que para lograr una vida al aire libre ha tenido que escribir muchas páginas en interiores- nació en Tudela Veguín (Oviedo) en 1953 y ha vivido en Alemania, en Madrid, en Sudáfrica, Namibia, Tanzania. Su proyecto para quedar en Asturias es Rewilding Europe, que quiere aplicar en Caso, y que busca expandir los herbívoros salvajes que tuvo el continente -bisonte, caballo y asno salvajes, oso, lobo- en recintos cerrados, con tratamiento de ganado.

Pionero del ambientalismo abrió la sección de Ecología de «El País», es editor de revistas como «Querus» y «El Cárabo» (con más de 30 años de trayectoria) y biógrafo de Félix Rodríguez de la Fuente... Ha fundado organizaciones no gubernamentales como ANA, Greenpeace España, Clubes Juveniles Conocer y Proteger la Naturaleza o Fapas. Está casado y tiene dos hijos.

-¿Hacían muchas cosas Roberto Hartasánchez y usted en la Sociedad Cultural Pumarín?

-Dábamos conferencias sin tener ni puta idea. Repetíamos lo que traía «Fauna» y las diapositivas estaban sacadas de la revista. Dijimos a Nebot que negociara en Madrid que nos convirtiéramos en sucursal de Adena (Asociación para la Defensa de la Naturaleza) y que Félix fuera nuestro presidente de honor. Nebot, que quería dinamizar la sociedad asturiana, contestó que crearíamos nuestra propia asociación y eso fue ANA en 1972. Me negué a ir a la reunión fundacional de ANA porque había que pagar 300 pesetas y no las

tenía. Hartasánchez me inscribió con el número 300 tiempo después. Sí fueron fundadores Gabriela Frier, una nena fina que venía de los scouts y nos tenía prendados, Carlos Lastra -que se casó con ella- y otros que tenían 300 pesetas. Me sentó mal que Nebot dejara de dirigirnos la palabra cuando se enteró de que no estudiábamos Biología sino sexto de Bachiller.

-En 1972 conocen a Alfredo Noval.

-Nos dijeron: hay un loco en la aduana de El Musel que se dedica a los pájaros. Fuimos a verle. Fue una influencia de carné y hueso. En el despacho de Miravalles, cerca de la ría de Villaviciosa, vimos un ventanal desde el que se contemplaba la campiña y una biblioteca con todas las guías de campo en inglés, una Nikon con teleobjetivo, prismáticos y las anillas de anillar enrolladas entre muchas fichas y quisimos ser como él, un naturalista del XIX con su gabinete, educado, pulcro, sabio. Fue nuestro maestro de campo. Noval era hijo de un republicano fusilado, se había criado en el San Francisco de Villaviciosa, un colegio de castigo, y quería que saliéramos adelante. Decía que los biólogos eran unos muertos de hambre, que debíamos estudiar una carrera seria -Derecho, Medicina- y ser ornitólogos en el tiempo libre. Nunca tuve vocación de periodista. Yo quería ser naturalista. En 1973 nos separamos de ANA cuando los biólogos - Lastra, Braña, Nores- le quitaron su revista «Asturnatura» y creamos la asociación Asturfoto para fotografiar la naturaleza. Hicimos con él una gran exposición y un audiovisual en 1974 en la Feria de Muestras y un estudio sobre la ría de Villaviciosa. En «Fauna Ibérica», de Ediciones Naranco, 6 tomos, nos cita, pero lo hacía él todo. Nos trataba como hijos y como a profesionales cuando no teníamos ni zorra idea de nada.

-Usted se fue a Madrid a estudiar Ciencias de la Información en 1974.

-Antes había ido a Alemania a trabajar de camarero y en una metalúrgica para conseguir dinero para el material de naturalista: cámara, magnetofón y prismáticos. Para estar en Madrid, mi padre me daba 6.000 pesetas al mes, un tercio de lo que ganaba. Yo no era consciente de su sacrificio. Me instalé en una pensión de estudiantes en Princesa (3.000 pesetas) y comía en los restaurantes universitarios. Saqué todo sobresalientes y me fue útil para las becas. Tenía pensado estudiar hasta los 30 años con beca, en Berlín, en Moscú... Me presentaba a todo y me las daban porque mi padre era tan pobre... Entré en «El País» por una beca. Convocaban seis para estudiantes. Era una forma de contratar periodistas a bajo precio: 15.000 pesetas durante 6 meses. Los demás eran para gente con la carrera acabada y un enchufe. Me contrataron al ver que había estudiado en el Goethe Institut. El jefe de personal, cada vez que me encontraba, me decía: «Benigno, a ti en "El País" te enchufó Goethe». El instituto Goethe no daba becas pero conseguí una diciéndole al director que era hijo de emigrante y que los emigrantes habían levantado Alemania.

-¿Por qué era tan importante el alemán en «El País»?

-El periódico había contratado a Carlos Gurméndez, un filósofo marxista-leninista muy famoso, amigo íntimo de José Ortega, Picasso, Marcuse, un rojo redomado y con carné que hablaba cinco lenguas pero no sabía escribir a máquina y lo hacía todo a mano y con letra de médico. No sabía marcar el teléfono porque era diplomático y todo se lo habían hecho en la vida. Era un cerebro con patas. Me contrataron para ayudarlo y pasé 6 meses traduciendo las crónicas de guerra de Camboya del «Neue Zürcher Zeitung», de Suiza, y echándole una mano con Heidegger. Un lujo. Era un tío con la bragueta abierta que tropezaba y le caía la dentadura y estaba casado con una tía rubia de coleta que venía en un coche, pitaba y nos llevaba a 200 por hora.

-Usted informaba de ecología.

-Traducía noticias de naturaleza de periódicos europeos y se las daba a Ángel Sánchez Harguindey que, copiando a «Le Monde», inventó la sección de Ecología. Cuando se me acabó la beca, Harguindey convenció a Cebrián para que me contratara para Sociedad. Eran 30.000 pesetas al mes, el máximo sueldo base en prensa de Madrid. Salí cobrando 100.000. En «El País» era el más joven y me ayudaban mucho Daniel Gavela, Karmentxu Marín, Juan Cruz, compañeros que destacaron. Me obligaron a ser accionista de «El País» y la acción de 10.000 pesetas se transformó en un millón. Polanco metió entonces 300 millones. Mi coche, de 30.000 euros, me lo pagaron unas acciones de las que me desprendí y que se han devaluado mucho.

-Dejó el periódico seis años después.

LA NUEVA ESPAÑA

-A los 29. Me sentía preso. Se decía que no era una empresa sino una religión: pasabas el día entero en la redacción, ibas a «Bocaccio» a sacar información a políticos borrachos, dormías 5 horas y regresabas al periódico. Mi primer año sabático fue de octubre de 1978 a 1979 en un parque lleno de pájaros en los meandros del Rin, en Selva Negra (Alemania) con 300.000 patos alrededor de casa. Quería estar más en el campo. Saqué la revista «Quercus» para tener mi propia empresa. Jerónimo Gonzalo, otro lujo de «El País», me enseñó una promoción de «Jerusalem Post» que decía: «suscríbese y plantaremos un olivo en Getsemaní». En «Quercus» propuse «suscríbete y planteamos un árbol en tu nombre». Salimos con 6.000 suscriptores en 1983, un éxito de la hostia. Seguí publicando artículos en «El País» hasta 1990, muchos, porque estaba libre del trabajo de mesa. Cuando hice cosas para TVE quedaba en el campo y a Prado del Rey sólo iba a cobrar.

-Conoció a su mujer en segundo de carrera.

-María Teresa Vicetto, la más buena de la clase. Vivimos juntos prácticamente nada más conocernos. Nos casamos por los 15 días de vacaciones que daba «El País» por boda. Tomé esas dos semanas para ir a Monfragüe en busca del buitre negro, pero al volver me pidieron el libro de familia para subirme el sueldo 300 pesetas. Fuimos al Juzgado para conseguir los papeles, sin ceremonia.

-¿Qué tal siente que le ha tratado la vida?

-Muy bien, aunque me frustra haber pisado poco el campo, comparado con lo que hubiera querido. En eso Alfredo Noval me aconsejó mal. Me hubiera gustado una profesión que me tuviera al aire libre todo el rato, como investigador de campo o guarda forestal. Piden un guarda para la finca donde queremos meter bisontes y no me admiten porque creen que soy de ciudad. Por lo demás, todo lo que inicie ahí sigue, prueba de que tenía pies y cabeza.